

Policíaco John Connolly presenta la última entrega de la serie protagonizada por Charlie Parker, en la que el detective escarba en los feroces fantasmas de su pasado. Hablamos con él en Barcelona a su paso por el encuentro BCNegra

Cuando la oscuridad tiende su mano y te toca

John Connolly
Los amantes /
Els amants

Traducción al castellano de Carlos Milla Soler y al catalán de Eduard Castanyo

TUSQUETS /
BROMERA
329 / 313 PÁGINAS
20 EUROS

LILIAN NEUMAN

Hay un periodista en *Los amantes*, la última novela de la serie Parker, empeñado en escribir la biografía del tipo más fiero y notable que ha dado la novela negra en mucho tiempo. El periodista se sienta con su libreta de notas en el mostrador de ese bar de Portland (Maine) con olor a hamburguesa (“un lugar conservador, antiguo, ya sabe, en donde se puede andar con el revólver en la cintura y todavía dejan fumar”) y toma notas mientras Charlie Parker (a quien le han quitado la licencia de investigador privado) le sirve una copa a un policía que lo odia a muerte.

Le pido a John Connolly (Dublín, 1968) que me permita, al menos en mi imaginación, seguirlo en sus viajes desde Irlanda hasta Maine, libreta en mano: la primera vez que este periodista anduvo por allí fue hace muchos años, antes de convertirse en escritor. De hecho, estuvo detrás del mostrador de un bar como el que hoy Parker atiende. Pasaron los años y Connolly descubrió algunas cosas: “El periodismo me enseñó que todo puede ser investigado”.

Cuando decidió darle vida al policía (y luego investigador privado) Charlie Parker, supo que tenía que hacerlo en aquel lugar del que guardaba un cálido recuerdo (no sólo ese, también Luisiana y Nueva York). Y allí se fue, con una novia de entonces que le ayudó mucho, y con muy poco dinero encima, parando en hoteles baratos y de un lado a otro. Y aunque su pareja de hoy ya no es aquella chica de la que guarda un agradable recuerdo, su trabajo es el mismo de aquella primera vez.

Los policías de Maine le soltaron: “Puedes tratarnos de corruptos, de lo que quieras, ¡pero de tontos no!”

“Mi trabajo es el de localización, como en una futura película. No tengo la trama, no tengo la historia cerrada, porque primero necesito el paisaje. Yo entiendo el paisaje como algo que va más allá del simple escenario. El paisaje es una expansión de la imaginación, y así quiero tratarlo”.



El novelista irlandés John Connolly en Barcelona

MANÉ ESPINOSA

Desde aquel primer viaje de tres semanas (*Todo lo que muere* se publicó en España en 1999) hay siete novelas más de Parker, y para cada una de ellas John Connolly regresa por lo menos tres veces al año a efectuar su trabajo de localización. Una, antes de comenzar, otra, cuando ya está en medio de la escritura, y una tercera si todavía no está del todo seguro. “Son a veces quince días en que cojo el coche y no paro, de un sitio a otro. De Chicago a Nueva York, por ejemplo, he hecho viajes de quince días en que he estado en diez sitios diferentes. Es un duro trabajo, un agradable trabajo, pero trabajo al fin. Y no puedo ir acompañado”.

Durante estos años Connolly se ha ganado la confianza de miembros de la policía, de un forense y de dos investigadores privados. “Lo único que me piden es que no les pase como en aquella serie *Se ha escrito un crimen*. Porque ahí todos los policías de Maine queda-

ban como unos tontos”. Eso los enfadó mucho. “Puedes tratarnos de corruptos, de lo que quieras, ¡pero de tontos no!”. Para escribir esta nueva historia me fui al bar de la ciudad de Portland y le pregunté al dueño: “¿Te importaría que Charlie Parker trabajara aquí?”.

El Bear es en la realidad un sitio

“El mal es una fuerza, es la oscuridad misma. ¿Por qué esta tendencia a describir el mal? No lo sé”

donde hoy cuelga un gran cartel con las novelas de Connolly, aunque allí también, en la novela, entre esa clientela amante de la cerveza, con sus botas gastadas y sus gorras con visera, se infiltran los espectros, los fantasmas o los seres vacíos de contenido, muertos por dentro, pero todavía capaces de

ejercer el mal con mayúsculas. Ese es el otro lado del minucioso realismo americano practicado por este escritor de apabullante vitalidad, que ha desafiado nuestro raciocinio con esos personajes que nos hielan el corazón: el Viajante, el reverendo Faulkner, el Coleccionista. Y hasta el misterioso rabino Epstein, que todo lo sabe sobre los orígenes de este redentor que no retrocede ante “esa oscuridad que tiende su mano y te toca”. “¡Míre, Lew Acher –exclama Connolly–, que en la última novela de la serie acaba cargando con las culpas de todos los demás!”

Le pregunto cómo sería Charlie Parker si apareciera ahora por aquí (e intente el lector imaginarse a John Connolly, enérgico e inagotable, con su maletín viajero junto a él).

“¡Ah! Es difícil. Si Parker estuviese aquí, al principio no notaría nada, pero poco a poco se daría cuenta de que esta persona es... diferente, hay algo atávico en él. Un estilo, una incomodidad... No sé si a mí me gustaría tenerlo a mi lado. Parker ha sufrido mucho y a la vez es muy empático con el sufrimiento de los demás. La ira, el dolor, el duelo, todo esto lo define; pero él intenta superarlo y convertir todo esto en algo positivo. Si no lo haces, eso te puede y te conviertes en todo lo que odias”.

–¿Cree usted en Dios?

–Sí, creo en Dios. ¡Aunque jamás, ni una sola vez, menciono a Dios en mis novelas!

–No menciona a Dios, pero sí menciona el mal.

–En efecto. El mal es una fuerza, es la oscuridad misma. ¿Por qué esta tendencia a describir el mal? No lo sé... Yo soy como todo el mundo. Me he sentido herido, he vivido pérdidas... Soy una persona de cuarenta y dos años, por tanto cuento con un pasado, con culpabilidades, pérdidas. Sé lo que es el duelo, y acumular culpas... Y sé que el arrepentimiento es una emoción poco productiva. Le daré un ejemplo. Le preguntaron al actor Anthony Hopkins cómo era capaz de interpretar a un tipo como Hannibal Lecter. Y él respondió: “Tienes que buscar en ti mismo eso que tienes y que está allí, y amplificarlo”.

–¿Qué pasará con Charlie Parker, cuándo habrá para él un poco de luz? ¿Hasta le ha hecho vivir algo tan doloroso como separarse de su perro *Walter*.

Connolly se acomoda en el sillón y reflexiona en voz alta:

–Verá..., yo pensaba hacerlo llegar a viejo... Ahora no lo sé. Veo que se acerca a un posible enfrentamiento, definitivo. Que se acerca hacia una conclusión natural.

Triste pausa, hasta que el empático y cargado de talento (y heredero de Ross Macdonald) John Connolly se apiada de mí: “¡Pero le diré algo que no le he dicho a nadie! ¡El perro tendrá un importante papel en el próximo libro!”.